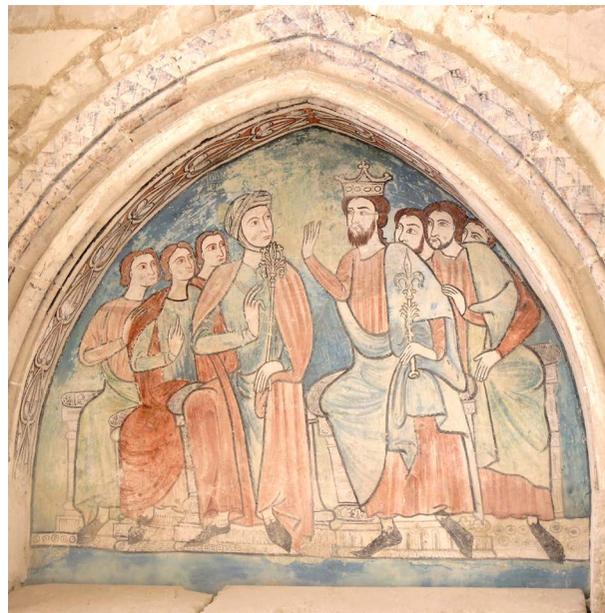


Fundación LAS EDADES
DEL HOMBRE



José María Mezquita Gullón



La Capilla de San Pedro

Uno de los espacios más sugestivos del monasterio de Santa María de Valbuena, actual sede de la Fundación *Las Edades del Hombre* es la denominada capilla de San Pedro o del Tesoro. Se trata de una capilla funeraria de estilo gótico fundada por la condesa Estefanía de Armengol con el objeto de servir de enterramiento a sus descendientes.

Fue edificada en la primera mitad del siglo XIII e inmediatamente después decorada con pinturas murales, que en parte han llegado a nuestros días. De reducidas dimensiones, consta de una nave cubierta con bóveda de crucería y cerrada mediante una cabecera poligonal de tres paños. La decoración escultórica se concentra en las ménsulas, formadas por cabezas humanas ejecutadas de manera tosca, y en los capiteles, decorados con hojas que aún conservan una bella policromía de tonos verdosos y azulados. En cuanto a la parte pictórica, son tres los arcosolios que aún mantienen restos importantes de policromía. Responden al gótico lineal francés, que aun debiendo mucho al último románico, se va progresivamente desvinculando de él, como así queda constatado en el movimiento que el artista trata de plasmar en las caballerías y en los propios personajes.

El arcosolio más cercano a la cabecera, de los dos situados en el lateral de la Epístola, contiene una escena cortesana, en la que dos personajes principales aparecen flanqueados por su propio séquito. Una de las teorías propuestas le identifica a él con Alfonso VII el Emperador y a ella con Urraca Fernández, hija de Estefanía de Armengol, fundadora de esta capilla y del propio monasterio.

En el otro arcosolio de este lado de la Epístola se representó una batalla entre moros y cristianos. La escena se desarrolla en cuatro franjas descendentes divididas por orlas geométricas. En la parte superior, sobre fondo rojo, se encuentra la preparación de la batalla, que se verá plasmada como tal en las franjas inferiores, de fondo azulado.

Por último, el arcosolio situado en el lado del Evangelio contiene la pintura más deteriorada y de colores más desvaídos. Representa en el intradós del arco a serie de reyes músicos, entre los que podemos identificar al rey David tocando el arpa. En el fondo nos encontramos con dos escenas evangélicas: en el lado derecho, la Anunciación y, ocupando la parte central y zona izquierda, la Epifanía.



Un gran solitario del arte

Hay un libro del alemán exiliado en Buenos Aires Hellmuth N. Bachmann que se titula *Solitarios del arte*. Lo publicó en la capital argentina en 1945, la editorial Poseidón, de otro exiliado, el catalán Joan Merli, editorial que entre otros títulos memorables sacó la segunda edición ampliada de los *Ismos* de Ramón Gómez de la Serna, y el mamotrético *Universalismo constructivo*, de Joaquín Torres-García. El título de Bachmann, que en su recuento incluye a Manuel Ángeles Ortiz (tercer exiliado de esta historia) como único español, me ha servido ya dos veces, la primera para titular un curso que dirigí en 1995 en el Círculo de Bellas Artes madrileño, y la segunda para hacer otro tanto con un ciclo de documentales y películas de ficción sobre artistas que se celebra esta temporada 2013-2014 en el Instituto Cervantes de París, del cual en la actualidad soy director.

José María Mezquita (Zamora, 1946), que por cierto merecería se le dedicara un documental –su actual estudio, en concreto, mitad cueva y mitad almoneda, daría mucho juego, cinematográficamente hablando–, es uno de los más radicales solitarios del arte que conozco. Formado en Madrid, donde en los “sixties” fue alumno, en San Fernando, de un Antonio López García que sólo le lleva diez años, ni siquiera este dato puede servirnos para integrarlo en una entidad por lo demás tan vaga (y tan heterogénea) como es la de los realistas discípulos del de Tomelloso. Mutua es la estima y la admiración que se profesan, y juntos han participado en algunos talleres, como uno en Ávila, en 2011, al cual me asomé, compartiendo luego con ellos mesa y mantel. Pero como sucede con otro gran pintor secreto, el navarro Juan José Aquerreta, condiscípulo en San Fernando, y otro participante en talleres lopezgarciescos, el zamorano es demasiado independiente en su personalidad (atormentada) y en su estilo (límpido), como para que sirva de nada contemplarlo como “discípulo de”.

Tuve por mi parte la *revelación* –pongo la palabra en cursiva, por enfatizar algo que para mí tuvo verdadero carácter de acontecimiento– del trabajo de Mezquita, en la época madrileña, finales de los “eighties”, en que lo exponía Jorge Kreisler en su sala madrileña –¡qué bien se veía la pintura en ella!– próxima al Café Gijón, y que hoy, como tantas cosas del Madrid de aquellos años, es sólo recuerdo. Había visto cosas suyas sueltas en algunas colectivas, y me había hablado maravillas de él –y más en concreto, de sus individuales en la galería de la inolvidable Fefa Seiquer– nuestro común amigo Eduardo Alaminos, pero fue realmente gracias a Kreisler que descubrí al pintor de los árboles solitarios, de los troncos y de

las raíces, de la ancha meseta, un territorio a partir de la examinación y escudriñamiento del cual nos ha propuesto una visión muy distinta de la que antes que él construyeron precursores como el vallisoletano Aurelio García Lesmes o el palentino Juan Manuel Díaz-Caneja, por sólo citar a dos de los muchos cantores del mismo... Próximos al blanco total y por momentos casi a la abstracción –a una abstracción a un tiempo geométrica, y orgánica–, esos cuadros esenciales, concentrados, inquisitivos, interrogativos, de inmarcesible pureza, pasaron de inmediato a incorporarse a lo que llamaré mi “museo imaginario de lo mejor español”. De resultas de la admiración apasionada, radical, que me provocaron, pronto conocí a su autor, lo visité en su ciudad natal (en un domicilio anterior al actual), descubrí sus dibujos con algo de maravilloso encaje por momentos casi invisible, y sus esculturas de bronce con algo de enigmáticamente etrusco, y sus juguetes de madera tan “verde paraíso de los amores infantiles” a lo Baudelaire, y sus escritos, tan sensibles y llenos de pistas, especialmente sobre sus vivencias del campo, del paisaje, de la meteorología a veces adversa a la cual ha de enfrentarse quien como él pinta del natural, a pie de encina o de pino. Mezquita colaboró en el primer número (1990) de la revista de poesía y grabado *Estación Central* que hice con el también zamorano Miguel Villarino, y luego fue uno de los dos protagonistas del primero de los tres suplementos que le sumamos, *La ventana de Keats* (1991), resultado de la conjunción de un largo y hermoso poema del leonés Andrés Trapiello –que ya había sido pareja de baile del pintor en la revista, y que tres años más tarde vería publicado un libro sobre su obra en la editorial Calambur, en una colección que se llamaba “Los solitarios y sus amigos”–, y de cinco sutiles y aéreas puntas secas mezquitianas, en las cuales, como en sus cuadros, tanta importancia tiene lo que se representa, como lo que se elude. En 1995 pintor y crítico coincidimos, con nuestras respectivas familias, en San Sebastián, en una Arteleku que todavía se permitía excursos heterodoxos, y donde él hizo dibujar y pintar del natural, a abstractos entre los cuales recuerdo que estaba el sensible Javier Alkaín.

El campo zamorano, que, maravillados, hemos recorrido con él, y con el hoy marbellí Jorge Kreisler, y con Marga, y con Raúl Prieto Cirac, el principal coleccionista del pintor y principal abanderado de su causa. El pueblo paterno, casi fronterizo con Portugal, y donde hubo un momento absolutamente mágico, genial: cuando, sin avisar, abrió las puertas de un garaje en el cual, como un juguete de los suyos, pero a tamaño natural, apareció un viejo coche que él había tomado alguna vez, siendo adolescente, en Toro, y que estaba restaurando pieza a pieza, con paciencia y meticulosidad de arqueólogo. La propia ciudad de Zamora, donde están los “modelos” de sus metafísicas vistas ferroviarias o de sus laberínticos interiores de comercios antañones o de viejas fábricas. Todas estas realidades no puedo no verlas con los ojos de este pintor admirable, que es zamorano al modo en que Giorgio Morandi era boloñés: a ambos, igual que

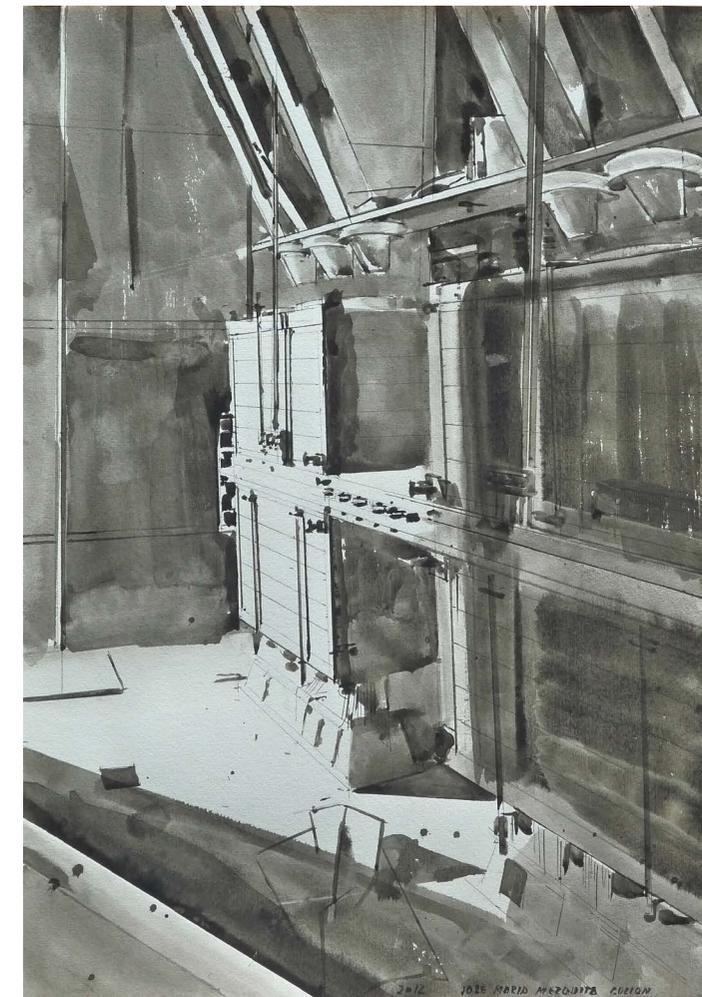
les sucedía a Paul Cézanne en Aix-en-Provence o a Piet Mondrian en Domburg o a Filippo de Pisis en Venecia, igual que les sucede hoy mismo al mencionado Aquerreta en Pamplona, o a Miguel Galano en Oviedo, les basta lo que tienen cerca, para decir el mundo, con una común mezcla de quietud e inquietud, y por esto último he utilizado hace unas líneas, a propósito de las vistas de la estación de ferrocarril de Zamora, el adjetivo *metafísico*. Profeta en su tierra, en 2006 Mezquita recibió el Premio Castilla y León de las Artes; cinco años más tarde, lo obtendría por cierto, en la modalidad de las Letras, el autor de *La ventana de Keats*. Ahora, en su sede del Monasterio de Santa María de Valbuena, la Fundación *Las Edades del Hombre*, benemérita obra colectiva asimismo premiada por la Junta en 1992, y asimismo en la modalidad de las Artes, le rinde homenaje mostrando algunos de sus antes aludidos trabajos sobre papel de los años 2001-2012 sobre comercios y fábricas zamoranos, destacando los prodigiosos interiores de la fábrica de piensos Colino, de una atmósfera que se me antoja piranesiana.

JUAN MANUEL BONET

París, marzo de 2014



Fábrica de piensos Colino. Máquinas en penumbra y pilar central
2012
Tinta china sobre papel Canson
50 x 65 cm



Fábrica de piensos Colino. Interior. Planchisters
2012
Tinta china sobre papel Fabriano
50 x 36 cm



Fábrica de piensos Colino. Interior. Bodega y luces
2012
Acuarela sobre papel Arches
114,5 x 102 cm



Fábrica de piensos Colino. Bodega
2011
Tinta sobre papel Arches
105 x 114,5 cm



Fábrica de piensos Colino. Bodega. Umbral
2012
Tinta sobre papel Arches
114,5 x 88 cm



Fábrica de piensos Colino. Bodega. Armario Eléctrico
2012
Tinta sobre papel Arches
114,5 x 90 cm



Almacenes Anta. Escaparate
2007
Tinta y acuarela sobre papel Ingres
169,4 x 177,7 cm



Almacenes Anta. Comercio
2006-2007
Acuarela sobre papel Ingres
108 x 142 cm



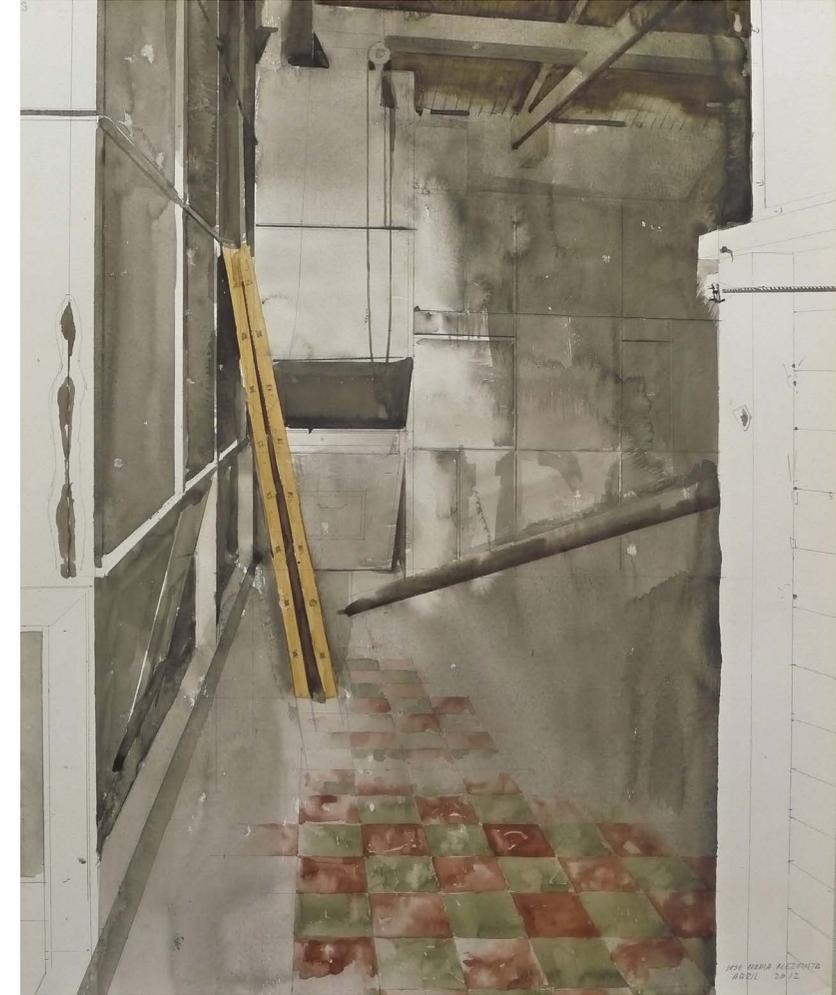
Calzados 13. Bodega
2001
Acuarela sobre papel Ingres
70 x 50 cm



Calzados 13. Escalera
2001
Acuarela sobre papel Ingres
70 x 50 cm



Calzados 13. Trastienda
2001
Acuarela sobre papel Ingres
70 x 50 cm



Fábrica de piensos Colino. Interior. Piso ajedrezado con escalera
2012
Acuarela sobre papel Fabriano
65,2 x 52,2



Cuaderno de Arte en Santa María de Valbuena es una colección que comenzó en septiembre de 2013 con la exposición Florencio Galindo, continuando con este ejemplar.

Se terminó de imprimir el 19 de marzo de 2014, festividad de San José en los talleres de A&M Gráficas.

DL VA 172-2014